

La secreta geometría de una hoja que cae

Miguel Ángel Guerrero Ramos

© del texto: Miguel Ángel Guerrero Ramos

© de esta edición: La Lluvia de una Noche

Código Safe Creative: 1306135269152

Diseño de portada: La Lluvia de una Noche

1ª Edición: junio de 2013

Pero el árbol no siente la desnuda
belleza de sus hojas. Ni las mira
en la tierra caer, ni escucha
cómo llegan hasta el suelo,
un leve crepitar de fuego y aire...

Tomás Hernández Molina, *Refutación de la añoranza*
(*Sobre una idea de Horacio*)

Queríamos conciliar la vigilia y el sueño, la consciencia y el delirio. La exactitud
debería valer tanto como el misterio.

Fernando Charry Lara, *Sobre mis primeros poemas*

Primera parte: anomalías en la cristalización de la vida

Una pregunta singularmente dulce atravesó por completo la más lúcida primavera de sus ideas y suspiró en la comisura de sus labios. Una pregunta que franqueó el cielo de la vida y los intersticios pasionales de un existir alucinado. Una pregunta que muy probablemente, que se sepa, o que haya cantado la luna con sus más perladas melodías, provenía de la guarida del afecto más indiscutiblemente bello y más indiscutiblemente suave. Una pregunta que decía de la siguiente forma: ¿A quién pertenecerían las personas si no pertenecieran a sí mismas, a quienes más las sueñan o a quienes simplemente las dejan soñar?

Esa, ni más ni menos, para hacernos entender un poco mejor, fue la pregunta que se le ocurrió hacer a ella. Sí, a ella, a la hermosísima y encantadora, a la mística y seductora, a la dueña de aquella mirada ígnea y arrobadora que siempre ha embelesado a todos sus enamorados. La dueña de un alma oleada y encrespada que siempre ha sabido cómo retornar sin ningún problema a los fundamentos mismos de la belleza. La dueña de unas subyugaciones sumamente intensas y de unas caricias como de pasiones o amoríos que llenan las insustancialidades más inexploradas e insinuantes del vacío. Unas caricias que cantan dulzuras y que en múltiples ocasiones han llegado a sobrecoger por completo las nervaduras pasionales de su fiel enamorado.

Ella, nada más y nada menos que ella, la dueña de aquella pregunta mencionada. La dueña de una hermosura única. La dueña de varios jardines que rebosan frutos placenteros y jugosos y que se encuentran ubicados en unos emplazamientos espaciales más allá de la imaginación humana. La dueña de todos y cada uno de los sentires de unas hibridaciones que danzan sobre lo eterno, de una existencia que solo tiene lugar en un grupo de pálpitos imperecederos y sensitivos. Ella, tan única como siempre y tan seductora como jamás lo ha sido nadie más. Ella, la bella y sin igual Marlene, Marlene Azucena Garcés. Una dama de dulce ensueño cuya alma está hecha de sensuales aluviones y resplandores de aurora, de leves eternidades curvilíneas y otoños que nunca se cansarán de contar las hojas de los árboles que caen, y mucho menos aún las hojas a las que más les encanta soñar, vivir y amar entre las imaginaciones del viento. Más exactamente entre las más sinuosas y juguetonas imaginaciones de aquel viajero y sedoso ente, aquel ente que sopla y que, con sus soplidos, desea indagar en todos y en cada uno de los confines de este mundo.

—Creo que confundes un poco las cosas, mi vida —le respondió él, el valiente aventurero y explorador al que ella tanto ama, a ella, a la bella y sin igual Marlene—. En mi opinión —continuó él con su mejor tono de voz de confianza—, las personas no se pertenecen a sí mismas, ni a quienes más las sueñan, ni tampoco a quienes las dejan soñar y las dejan ser. Las personas pertenecen, ¿sabes?, a los caminos que ellas han decidido seguir en sus vidas. Nada más que

a ello, y por siempre, mi cielo, más allá del tiempo y de esta vida, y más allá de las tardes más táctiles y sabias que nos puedan alegrar el corazón, a ello.

—Ya veo, cariño —dijo ella—. Y creo que te entiendo a la perfección. Es difícil no entenderte cuando tus ojos me miran directamente y mucho menos aún cuando exhiben ese brillo que tienen en este momento. Un brillo que siempre me ha gustado confundir con las luces del amor. Pero todavía tengo una duda, y es la siguiente: tú, mi amor, ¿a qué caminos perteneces?

—Yo pertenezco al camino de la aventura —respondió él, nuestro amigo aventurero, con toda la ligereza del mundo, y con toda la tranquilidad de unos ojos, de unos ojos que no son sino sus ojos, y que no son sino unos ojos que poseen la esencia de un océano que nos maravilla en su reposo y en su quietud. Un océano muy prudente aunque también, debemos decir, embargado de costa a costa con un arroyo único e ilimitado capaz de cubrir las más amplias geografías de esta tierra. Ella, su bella enamorada, por su parte, así, sumamente feliz de saberse amada y de saber que su piel siempre ha incitado los sueños más intensos y dulces de su amado, sabía que él no mentía. Sabía que no mentía porque lo conoce. Lo conoce muy bien. Tanto, como para saber que él es un hombre fuera de lo común.

Claro, a su edad, una edad que no es tanta ni tan poca como se podría pensar, él ya ha estado en múltiples sitios, se ha enfrentado a múltiples peligros y ha

encarado un gran número de querellas. Sí, él es un gran aventurero. Tanto así, que no debemos subestimarle en lo absoluto. Pues, para ese momento, para ese momento dulcísimo y específico del destino, un momento que se encuentra ubicado unos cuantos minutos después de haber hecho el amor de una forma sumamente intensa con la bella Marlene, el hombre que él es, cabe decir, no es sino un hombre cuyo carácter ha sido moldeado bajo el fragor de las más recalcitrantes y extremas vivencias. Un hombre que ha estado aquí y allá, que le ha contado secretos a la brisa, que ha hurgado en los secretos más feroces de este mundo, que se ha enfrentado con las más temibles y hambrientas fieras, y que ha estado al filo del peligro una y otra vez sin preocuparse más de la cuenta. Un hombre cuya alma ha estado extendida a lo largo de sucesivas vivencias intempestivas y vertiginosas. Un hombre de aventuras que ha llegado a traspasar las fronteras más inmediatas, que son las del corazón, así como las más lejanas, dentro de las cuales, muchas de ellas se encuentran en nuestra propia chispa imaginativa. Un hombre que, en definitiva, ha conocido grandes precariedades y grandes peligros, lo que lo ha llevado, de igual forma, a conocer grandes glorias y grandes triunfos, unos triunfos y unas glorias realmente enormes, unos triunfos y unas glorias como los que no ha conocido ningún otro mortal. Aunque ningún triunfo más grande, eso sí, que el de haber encontrado el amor de la bella y sin igual Marlene, esto, mientras dicho amor volaba por ahí, es decir, entre los entresijos más sinuosos del aire, como una mariposa un tanto coqueta, distraída y esmaltada, o quién sabe si como una hoja que va cayendo en el aire.

Pon mucha atención, mucha pero mucha atención, mi fiel aventurero, a la forma en la cual ella te observa. Ella te observa, como bien te puedes fijar con tan solo enfocarla un poco de reajo, extasiada de tanto canto de amor, de tanto canto de amor y de tantas caricias que han llovido sobre ambos como una tersa y tórrida lluvia almidonada. Unas caricias que se han atrevido a desafiar la sedosidad ondulada de las sábanas de terciopelo que ahora los envuelven. Pero no, no dejes de fijarte en ella, porque ella te observa, ¿sabes?, desde esa gran admiración que siente por ti, mi querido aventurero. Ella te observa desde las luces intensísimas de su amor, y te admira y te escucha desde lo más profundo de su ser. Motivos de sobra para decirte lo siguiente: ella te ama. Ella te ama aun a sabiendas de que es una diosa inmortal que conserva la misma belleza de cuando Hades la raptó muchos siglos atrás, como a la bella Perséfone, para llevársela al infierno. Ella te ama y nunca dejará de amarte por nada de este mundo. Ella, además, y por si fuera poco, se ha entregado a ti durante horas y horas y horas, y ahora tú, mi estimado amigo aventurero, sientes que hasta la más mínima de tus capacidades vitales interiores, solo animan a tu ser por un único, maravilloso y bellísimo hecho: el hecho de que ella exista sobre la faz de esta tierra. El hecho de que ella exista con todo y esos enormes ojos que no dejan de entonar esas canciones tan suyas, esas canciones tan dulces y tan capaces de convertir tu alma en uno que otro eco aliado de la brisa. Sí, no hay otro hecho más bello para ti que el hecho de que ella exista con todo y sus hermosos ojos. Esos ojos enormes y curiosos, y tan bellos,

que algún día volverás a encontrar en otra persona que no es ella.

El lugar en el que tanto él como ella estaban, era un lugar de eterno otoño, un lugar como para no dejar de amarse, como para no dejar de compartir pasiones, como para no dejar que los besos pierdan su calor y sus texturas y hasta como para jugar a las escondidas más inmediatas. Ellos, con todo y sus horas de incansables y numerosas caricias, estaban, más exactamente, en una confortable y acogedora cabaña. Una de esas cabañas que tiene una enorme chimenea y que con su aura levemente melancólica, por alguna u otra razón, incitan en la libido de las personas a ciertas lujuriosidades corporales, como si dicha aura le susurrara acaso a las personas que la debilidad de la carne es la misma debilidad del otoño. Las hojas de los árboles, afuera de aquella cabaña, cabe decir, caían sin cesar, pues, que se sepa, las hojas no conocen más cansancio que el del fin último de sus propias vidas.

Al cabo de unos cuantos minutos de amores y caricias, nuestro muy apreciado aventurero, que es el personaje principal de esta historia, se levantó de la cama en la cual estaba con su amada para ir a por un poco de jugo de naranja, o quién sabe si a por un poco de leche, en la cocina de aquella cabaña. No tardó mucho. Al menos no más de cuatro o cinco minutos, luego de los cuales, al volver a la alcoba en donde él suponía que lo estaba esperando su amada con alguna que otra tonada romántica y puede que hasta con algún sensual y estimulante baile

lujurioso, lo que en realidad encontró, no solo le robó el alma y la marchitó de forma despiadada y por entero, sino que lo mató, a él, a nuestro amigo aventurero, por dentro, es decir, en lo más íntimo y singular de su ser, una y otra y otra vez. Lo mató por dentro como nunca antes nada lo había matado.

Sí, todo allí no era sino una escena que terminó matándolo a él. Que terminó matándolo porque en aquel lugar todo se había teñido de tragedia. Se había teñido de tragedia porque allí, en aquella alcoba, la bella Marlene, Marlene Azucena Garcés, se encontraba desnuda, sobre su cama, como con un rictus de melancolía en su rostro, ligeramente envuelta en una que otra sábana de seda y en un charco de su propia sangre. Un charco de sangre que no dejaba de manar del cuerpo exánime de ella, y que poco a poco teñía de color rojo las sábanas blancas de aquella cama sobre la cual ella había gozado minutos atrás con los embates de la pasión. Una cama, sobre la cual, el espíritu de ella se despedía de todo aquello que compone la realidad de la vida y de todo aquello que vendría ser el aroma común y distintivo de este plano tan peculiar del existir.

Un hombre vestido de corbata, es decir, vestido de forma bastante elegante, permanecía, en esos momentos, junto a la cama sobre la cual se encontraba el cuerpo fallecido de la bella Marlene. Dicho hombre, que no dejaba de exhalar un aire siniestro y conminatorio, mantenía una pistola teñida de amenaza y de peligro en una de sus manos.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

